

**Isla Francisco Macías Ngema Biyogo,
actual Bioko. Guinea Ecuatorial
25 de mayo de 1979**

Desde la torre de vigilancia, el carcelero observa el contraste habitual entre el azul profundo del mar y la pestilente arena negra de la playa. Las lluvias de los días anteriores han aumentado el caudal del río Cónsul, que desemboca a pocos metros arrastrando todo tipo de inmundicias de la ciudad. El hombre sujeta entre los dedos un fino cigarrillo, que posee la escasa blancura del lugar, en el que la única música es la de los gritos rencorosos de los presos. Son dedos gruesos de una mano fuerte, que remata un brazo poderoso, musculado, acostumbrado a golpear, apretar, asfixiar y a generar dolor con todo tipo de herramientas. Los malos tiempos para la libertad, cuando la justicia se extravía, multiplican la lujuria de los dementes.

El hombre llena de nicotina sus pulmones con una aspiración prolongada, avariciosa. Y tras expulsar algo de humo, sonrío. Deja a la vista unos dientes cariados, horadados por las bacterias. La conjunción de su mirada, la mueca de sus labios

y la cicatriz que atraviesa su rostro sería capaz de congelar un desierto.

En la prisión de Playa Negra, quienes tienen permiso para dirigirse a él, le llaman *Mutuwa*. Los que no, apenas se atreven a mirarlo.

Natural de Camerún, en los años que lleva en suelo guineano apenas ha aprendido a comunicarse en castellano. Parco en palabras, chapurrea un batiburrillo de términos franceses, ingleses, españoles y hausa, su dialecto materno. Su inclinación al sadismo se remonta a su juventud, cuando se creó fama de adolescente imprevisible y harto peligroso. Con quince años cometió su primer asesinato sin razón aparente. Cada año que pasaba era más temido, pero Camerún era un país demasiado estable para su gusto. Observaba que en el continente había lugares más adecuados para dar rienda suelta a sus capacidades. Cuando la dictadura de Macías comenzó a sembrar el terror en el país vecino, comprendió su destino, su vida adquirió sentido por fin. No se lo pensó dos veces. No se despidió de nadie, no tenía familia ni amigos, con alguno de los cuales había acabado él mismo. Se llevó solo un cuchillo, con una hoja de treinta centímetros, y su apodo, *Mutuwa*, que en hausa significa muerte.

Cuando fue destinado a Playa Negra, el alcaide era Teodoro Obiang, sobrino del dictador. Y bajo su mando confirmó que había tomado las decisiones correctas, que no existía nada mejor, que la cárcel representaba el cénit de su sanguinaria carrera. El placer que experimenta en sus mejores sueños, pesadillas para cualquier persona en su sano juicio, dista mucho del que le reporta la realidad de una ratonera en la que se tortura y se mata cada día.

Ha encontrado su paraíso terrenal. Es lo que piensa mientras sonríe y sus ojos se clavan en el horizonte; tras el cual, a menos de cuarenta kilómetros, se encuentra un Camerún que casi ha olvidado.

Escucha cómo a su espalda alguien sube las escaleras de la garita y se detiene tras él en silencio, consciente de que será atendido cuando corresponda. Inspira, da una última calada, lanza el cigarrillo con fuerza, traga el humo y se da la vuelta. Con un gesto sutil indica a su visitante que puede hablar.

–El director Obiang le espera en la Oficina –dice con cierto nerviosismo y la cabeza rendida–. El director Obiang dice que es urgente.

El carcelero lo sabe. Hoy es un día especial, un día para re-lamerse como el gato negro de Edgar Allan Poe. Sin pérdida de tiempo, aparta al joven con brusquedad. Tiene trabajo y nadie en todo África puede acometerlo con tanta solvencia como él.

Casi once años antes, el doce de octubre de 1968, Guinea Ecuatorial se independizó de España. Pero la libertad en el continente negro es un espejismo, una celebrada apariencia de normalidad tan efímera que casi nunca resuelve nada.

En un principio todos los medios de comunicación se hicieron eco de una transición de poderes ejemplar. Sin altercados sociales y con unos políticos conciliadores. Sin embargo, bajo esa superficie de mar en calma, la realidad era bien diferente. Tensiones de todo tipo provocaban una marejada de fondo que vaticinaba tormenta. Etnias como los *bubis* de la isla Fernando Poo que deseaban seguir unidos a España, luchas por el poder, intrigas en la metrópoli por mantener el control de la colonia

perdida... En ese caos silencioso, un hombre utilizó su falta de escrúpulos para engañar a todo el mundo, se valió de su astuta visión política para colocarse en el lugar indicado en el momento más apropiado.

Ese hombre era Francisco Macías.

En las primeras elecciones democráticas tras la independencia, Macías superó a sus dos adversarios políticos. Se erigió en el primer presidente de la República. Pactó con quien fue necesario para lograrlo, prometió una autonomía que nunca llegó a los *bubis* de Fernando Poo, y en el primer discurso dirigido a su pueblo le instó a que comiera bien, cantara y bailara sus bailes. Hubo quien le creyó. Al día siguiente todo comenzó a cambiar.

El desencuentro con España fue inmediato, lo que en poco tiempo provocó un éxodo masivo de españoles. Más tarde, el bloqueo económico derivó en una parálisis total. Pero quien dirigía el país no sabía cómo detener la sangría, limitándose a acusar a quien fuera necesario con tal de ocultar su incompetencia y la frustración derivada de su incapacidad.

El golpe de Estado de marzo del 69 fue, casi con plena seguridad, inventado por su mente maquiavélica aderezada con más que probables trastornos mentales. Con él justificó el inicio del terror a orillas del Atlántico Sur. Encarceló o asesinó a todos sus opositores y enemigos directos. Denunció a España como instigadora del golpe. Concentró todos los poderes en su persona consiguiendo un poder absoluto. Prohibió todas las fuerzas políticas para fundar un partido sin oposición, el Partido Único Nacional de los Trabajadores. En el 72 se nombró a sí mismo Presidente Vitalicio. Convocó elecciones generales al año siguiente, una farsa inmensa que se saldó con un 99% de

votos a su favor. Persiguió y eliminó a los intelectuales, profesores y médicos. Suprimió la libertad de culto, de expresión y de prensa. En pocos años, una Guinea independiente volvió a perder la libertad. Pasó de ser esclava de España a ser esclava del dictador Francisco Macías.

Llegó un momento en que el tirano fue odiado por su pueblo, cuya pobreza aumentaba sin freno mientras él no solo acumulaba riquezas, sino que además realizaba ostentación obscena de las mismas. La forma en que consiguió mantenerse en el poder fue a través de la fuerza, no existe otra manera para alguien desprovisto de cualquier atisbo de liderazgo. Creó una Guardia Nacional a la que agasajó, mimó y colmó de honores con la única finalidad de garantizar su lealtad. La policía estaba a su servicio, nadie confiaba en ella, sabedor de que representaba una Policía de Estado. Dispuso que se lavara el cerebro a los jóvenes, que llegaron a creer que su presidente poseía un poder casi divino, inmune incluso a las balas de los sucesivos golpes de Estado que manifestaba sufrir. Y por último, China, Rusia y Cuba le proporcionaban armamento, ayuda militar, alimentos...

Durante una década Macías controló el país con mano férrea, incurriendo en continuas violaciones de derechos humanos hasta el punto de calcularse que hubo 50.000 muertos, 10.000 desaparecidos y 40.000 condenados a trabajos forzados.

La situación era insostenible.

Mutuwa entra en el edificio principal. Lo atraviesa entero, hasta unas escaleras con una pendiente extrema propiciada por peldaños estrechos y altos. La oscuridad sobreviene muy pronto y da la impresión de estar descendiendo a los infiernos.

En realidad no es una mera impresión, el carcelero sabe que está bajando al averno. Para todos menos para él, que lo considera su feudo.

El corredor es estrecho, iluminado por unos diminutos plafones propios de una mina, adheridos al techo, muy separados entre sí. Los que no están fundidos irradian una luz amarillenta tan exigua que no llega al suelo. Los presos que visitan el lugar no ven sus propios pies caminando sobre un manto de negrura que parece esconder la boca de un pozo que los aterroriza. A los lados, varias puertas dan acceso a salas específicas para cada tipo de tortura. Pero él se dirige a la que está de frente, la última, la que todos temen y de la que casi no se atreven a pronunciar su nombre: la Oficina.

El hedor es intolerable, pegajoso, irrita las fosas nasales; a miedo, a sudor de días, a orines, a sangre, a carne quemada... Una mezcolanza insana que casi siempre está acompañada por gritos que hielan la sangre. Los que esperan su suerte maldita escuchando esos alaridos que desgarran las entrañas de quienes vociferan, rezan para que terminen, para que mueran, aunque ello suponga que su propio sufrimiento se acerca. Pero cuando el silencio se adueña del lugar, lo sienten tan ominoso y amenazador como el filo de un bisturí acariciando su cuello. Y entonces suplican que alguien diga algo, lo que sea, al tono que sea, imploran que una nueva tortura comience arrancando de cuajo aullidos que revienten sus tímpanos.

A *Mutuwa* no le intimida el silencio imperante. Es la norma cuando Obiang visita Playa Negra. La Oficina está reservada para él, para sus juicios sumarísimos. Todo el resto de estancias se vacían. Al teniente coronel, comandante del Ejército y viceministro de Defensa, no le importa el mal olor, pero no

tolera los gritos. Los considera un signo de debilidad, de claudicación, impropios del valor inherente a todo guineano. Por eso siempre asegura, con los exquisitos modales que le caracterizan, que los que lanzan semejantes lloriqueos son unos hijos de mil putas engendrados por bastardos que solo pueden provenir de otros países.

Se detiene ante la puerta. Escucha por espacio de unos segundos. No obtiene ninguna pista de lo que ocurre dentro, así que se vuelve a felicitar por su buena fortuna y entra.

Ha sido informado de antemano de que el interrogatorio de hoy es muy importante, por lo que la discreción es prioritaria. Ello supone que no disponga de ningún ayudante, ya contaba con ello. Sin embargo, se lleva una sorpresa, de los dos hombres que encuentra ninguno es Teodoro Obiang. Uno de ellos está atado de pies y manos a una especie de trono como el de un dentista demenciado. No lo ha sujetado él, por lo que lo primero que hace es comprobar que es imposible que se suelte. Solo entonces mira de nuevo al otro desconocido.

–Bienvenido a Black Beach –dice *Mutuwa* con soltura, extendiendo los brazos a los lados. Siempre utiliza el mismo saludo.

–El director Obiang no ha podido venir y me ha enviado a mí para que me encargue –responde enigmático, sin siquiera presentarse. Permanece sentado, con las piernas cruzadas, los codos apoyados en los reposabrazos del sofá, las manos entrelazadas, con los dedos índices sobre los labios, en actitud reflexiva. El ceño fruncido forma unas arrugas profundas en la frente. Las cejas pobladas y el pelo indomable contrastan con el rasurado perfecto del resto de su rostro, como si acabara de afeitarse. Los labios apretados denotan disgusto, como si estuviera presente en contra de su voluntad, lo cual no es más que una mera impre-

sión. Ataviado con uniforme militar, parece a punto de levantarse para comenzar a dar órdenes, sabedor de que el torturador las obedecerá sin rechistar, con una devoción incondicional. Pero prefiere esperar, en silencio, creando una atmósfera aún más opresiva, insoportable. *Mutuwa*, acostumbrado, se coloca detrás del preso. Este no puede seguir su trayectoria al tener la cabeza por completo inmovilizada, sujeta al respaldo con una correa soldada a su frente. El calor es asfixiante y, a pesar de las gotas de sudor que recorren su cuerpo, parece gozar de una incongruente serenidad-. Obiang no deseaba esta situación –reanuda por fin-. Te advirtió de que no se detendría ante nada –realiza una pausa esperando una respuesta rápida, pero su interlocutor no reacciona, manteniendo una mirada altiva, de desprecio-. Está bien, me duele comprobar que tu postura sigue siendo la misma. No me dejas elección.

–Dile a Teodoro que está muerto –escupe el prisionero en voz baja, con un odio contenido.

Obiang ha enseñado a su emisario que no conviene dar alas al enemigo, que las rebeliones deben sofocarse cuanto antes. Como un acto reflejo, practicado hasta la extenuación, lanza una señal a *Mutuwa*. Este reacciona al instante, invade el campo visual de lo que considera una rata de laboratorio y le propina un brutal puñetazo en el costado. Antes de que llegue la explosión de dolor, vuelve a colocarse tras el trono envenenado, alborozado tras unos segundos sin escuchar ningún grito, lo que significa que el pobre desgraciado del día es duro, y le garantizará varias horas de diversión. Las nenazas, como él mismo las llama, son patéticas, le dan tanto asco que apenas disfruta.

–Amigo Evono –continúa el militar–, creo que no has entendido la situación en la que te encuentras. Solo hay una forma

de que salgas vivo de aquí y es diciéndome lo que Obiang quiere saber. En el fondo sabes que Macías ha pasado a ser el problema. –Echa un fulgurante vistazo a *Mutuwa* para verificar su reacción. No nota ninguna, marmóreo como siempre. Mejor-. ¿Vas a colaborar o le digo a la sombra que tienes detrás que comience el espectáculo? Seguro que has oído hablar de él.

–Eres un maldito cobarde...

No le da tiempo a más. La señal se repite y un nuevo puñetazo, certero como el primero, impacta en idéntico lugar que el anterior. Evono alberga de repente la absurda certeza de que su cuerpo reserva un lugar exacto para los nudillos de aquel bestia, ni un centímetro arriba ni abajo, ni a la derecha ni a la izquierda. Esta vez no puede contener un bufido, mezcla de la ira y del tormento que lo embarga. Tensa todo su cuerpo, aprieta los puños, el cerebro le ordena que se encoja, que se haga un ovillo para minorar el sufrimiento. Pero no puede moverse y se maldice por ello.

–¿Por qué le proteges? –reanuda el emisario-. ¿No te das cuenta de que se ha vuelto loco, de que no puede seguir gobernando el país? Nos lleva al desastre total. Aún tenemos una posibilidad de salvarnos y Obiang es el único que puede frenarlo. –Se detiene de nuevo. A veces un par de puñetazos son suficientes, pero Narciso Evono es un tipo jodidamente duro. Así y todo, espera, paciente, a que pueda o quiera hablar. Son necesarios varios minutos para que el rictus de dolor disminuya su intensidad.

–Si no fuera el sobrino de Macías, no tendría el poder que tiene. Él le ha tratado bien, confía en él. Le debe lealtad.

–Macías no confía en nadie, como buen *fang*. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará. Y no te equivoques, la lealtad de Obiang

es para su país y su gente, no para un loco. –De nuevo dirige la mirada al carcelero y de nuevo no percibe ninguna reacción negativa. Todo su cuerpo está concentrado en las órdenes que espera, como si no escuchara nada de lo que se dice. Obiang le ha confesado que no le gustaría tener que sacrificarlo, una vez cristalizados sus planes–. Y él les devolverá la libertad que el dictador Macías les ha arrebatado.

Evono lanza una carcajada inmóvil. Le gustaría acompañarla con gestos más elocuentes, pero casi todos sus músculos están encallados, cada vez más anquilosados.

–He de reconocer que tiene cojones. Lo que no tiene es ninguna posibilidad. No sé lo que le habrán enseñado los militares españoles, pero el palacio del presidente es inexpugnable. La Guardia Nacional y el Ejército le son fieles.

–No estés tan seguro, a veces las apariencias engañan, yo también soy militar –la seguridad que imprime a sus palabras provoca una fugaz sombra de duda en el semblante del recluso, circunstancia esta que no pasa desapercibida para el militar–. ¿No te das cuenta de que él también tiene contactos en el Ejército? Algunos de los hombres de confianza de Macías fueron compañeros de Obiang en la Academia Militar de Zaragoza. Si me das la información que necesita, sabrá agradecértelo cuando todo pase. Si no quieres hacerlo por él, hazlo por Guinea. –En realidad, los dos hombres no se conocen lo suficiente. Por ello, Evono ignora que su captor le está mintiendo y este no sabe que por el bien de su país el primero no daría un solo paso, ya que está tan corrompido como el dictador.

Tras la propuesta, se hace el silencio. Evalúan sus cartas, los ases que esconden en la manga. Sopesan las estrategias que deben seguir. No parece momento para faroles. O sí...

Tras varios minutos sin mostrar sus juegos, ante la impaciencia de *Mutuwa*, Evono toma la palabra.

–Le voy a hacer la misma oferta. Si cambia de opinión y me suelta, prometo olvidarlo todo. Creo que en verdad está haciendo esto por Guinea, y lo valoro. Pero se está equivocando. Macías no es tan malo. La culpa de todo la tienen los malditos españoles. Nos han aislado, no cumplen su palabra, el bloqueo económico es un problema difícil de resolver. Pero nuestro Líder de Acero conseguirá todo lo que se proponga. En poco tiempo los ciudadanos vivirán mejor que nunca.

A Obiang le vuelven loco de rabia los apelativos rimbombantes que posee su tío. Le parecen ridículos. De entre todos, Líder de Acero no es de los peores. Piedra Angular del Dogma Único de Nuestra Nación, Invicto Líder o Gran Mesías los ha elegido el propio tirano representando con ellos su delirio megalómano.

El militar sabe que quien le envía no tendría ninguna tentación de aceptar la propuesta.

–El presidente no es ningún líder. Lo sabes perfectamente. Fidel Castro sí lo es. Su pueblo le venera, los cubanos se dejarían matar por él. A Macías ya no le sigue nadie, quien está con él es solo por interés, no por respeto. El pueblo está arruinado. Masacra a quien le lleva la contraria...

–No des lecciones –se atreve a interrumpirle–, durante años Obiang ha sido su mayor ejecutor, ha dirigido un auténtico ministerio de la represión. ¿A qué viene este cambio?

El militar se levanta enfadado. Consciente de la realidad, se le ocurren muchas respuestas contrarias a sus palabras. Supervivencia, ambición, odio, venganza. Ni rastro de Guinea y los guineanos. No le importa. Tampoco va a responder a la pregunta.

–¡Estás agotando mi paciencia! –*Mutuwa* sonríe, tensa los brazos, su momento se acerca–. ¡Basta de cháchara! ¿Vas a responder a mis preguntas o no?

–Vete al infierno –masculla el preso en lo que supone o un acto de valentía o un suicidio. O ambas cosas.

–Está bien, no me dejas elección.

El emisario de Obiang clava su mirada en el verdugo. Su nivel de compenetración es ya evidente, por lo que un leve gesto activa al carcelero.

Los límites de la Oficina permanecen ocultos por una oscuridad amenazante que impide conocer su tamaño real. *Mutuwa* se interna en ella con decisión, podría reconocer cada centímetro y encontrar cualquier objeto con los ojos cerrados. Como no tiene por qué hacerlo ni tiene nada que demostrar, enciende una luz que ilumina un rincón a la vista de Narciso Evono. El único mobiliario es un armario que parece haber cumplido un siglo y una mesa desierta. Abre un cajón y saca un estuche que coloca sobre la mesa. Tras una puerta encuentra una plancha, desenrosca el cable y la deja al lado de un enchufe. En ese instante el militar reanuda la conversación.

–¿Sabes en qué consiste una práctica china llamada *lingchi*?

–Por toda respuesta obtiene una mirada de odio. La entereza que muestra evidencia que no ha oído hablar de ella en toda su vida–. La traducción es, más o menos, la muerte de los mil cortes. –Realiza una pausa propia de una obra de teatro–. ¿Ya vas imaginándotelo?

Claro que lo imagina. Ahora se percata del contenido del estuche. Una colección de cuchillos de diferentes formas y tamaños. Por primera vez presta atención a quien ha estado a su espalda todo el rato. Y de repente le asalta un único deseo: que solo

utilice sus manos. Está dispuesto a recibir decenas de puñetazos que triturén sus costillas, con tal de que ese tipo no roce un solo cuchillo. Sin embargo, es consciente de que no dispone de alternativa alguna. No va a traicionar a Macías porque eso supondría la muerte. Por tanto, solo le queda actuar con valor, con una gallardía que amenaza con huir como un ave migratoria. Cierra los ojos con fuerza para abstraerse de cuanto le rodea, aunque el hedor que parece haberse tatuado en su piel no se lo pone fácil. De esta forma consigue articular dos frases.

–Eres un hijo de puta. Si ese cerdo no acaba conmigo, te mataré.

Ahora es el militar quien da rienda suelta a una risa gélida, despectiva, sabedora de que la partida ha acabado, de que al contrincante solo le resta el insulto y la amenaza.

–Los chinos dominan el arte de la paciencia. Pero cuando quieren algo con rapidez, utilizan el *lingchi*. Desnudan al reo, lo atan a un poste y convierten su cuerpo en filetes. Sé que eres un hombre valeroso, que puedes aguantar el dolor. Como no quiero que mueras desangrado prematuramente, ese cerdo, como tú le llamas, irá curando las heridas. Cada vez que rebane un trozo de tu cuerpo, lo dejaré delante de ti para que lo veas bien. Tardarás mucho en morir. A no ser que cambies de opinión, claro, y te des cuenta de que ganarás más estando de nuestro lado. –Se giró con la intención de volver a sentarse en el sofá–. *Mutuwa*, ¡adelante!

El carcelero observa el estuche. Escoge una cuchilla de afeitar porque implica la necesidad de realizar muchos pequeños cortes para sacar un filete limpio, lo cual aumenta la agonía. Él mismo ha dotado a la cuchilla de un pequeño mango de madera para facilitar su utilización. Se acerca a Evono con pasos lentos, cortos, en apariencia dubitativos. Si un desconocido le viera, pensaría

que es su primera vez. Nada más lejos de la realidad. En cuanto llega a su lado, la parsimonia desaparece. Corta con facilidad una pernera del pantalón, retira la tela y sin más dilación desliza con suavidad la hoja por el muslo que ha quedado a la vista. Penetra en la carne inmóvil con una facilidad pasmosa. Narciso Evono estalla en alaridos, el dolor es infinito. Y solo acaba de empezar. Su boca parece un aspersor de gotas de saliva. El hecho de no poder moverse ni defenderse agrava su sufrimiento. Si alguien le soltara solo un brazo, le arrancaría los ojos al cabrón que le está fileteando el muslo. Tiene la cara tan roja como la lava de un volcán en erupción. Su cuerpo entero se ha convertido en un manantial que le baña de sudor. De repente deja de notar los cortes. No se atreve a abrir los ojos. El silencio atrona en sus sienes como cien tambores de guerra. No percibe movimiento a su alrededor. Llega incluso a pensar que le han abandonado en esa habitación para que una infección en la pierna lo devore.

Continúan pasando los segundos.

Tras el pequeño desahogo, el dolor se ha estabilizado, pero a un nivel brutal.

Entonces nota un ligero aire en el rostro.

Intermitente.

Abre los ojos.

Ante él, *Mutuwa* balancea una especie de chuleta en carne viva, la zona de la piel está por el otro lado. Vuelve a gritar como el loco que despierta y comprueba que sigue encerrado en la misma habitación acolchada del manicomio. De inmediato, mueve frenético sus ojos. Quiere ver la monstruosa herida del muslo, pero por su posición solo alcanza a verse la rodilla. Siente gran cantidad de sangre resbalando por su pierna. El torturador se aparta dejando a la vista al militar, que asiste al macabro espectáculo con el mismo distanciamiento entrenado de quien lo ve en una pantalla de cine, y no por primera vez.

–Hay que hacer algo con esa herida, no tiene buena pinta. –Señala–. Tranquilo, ya te dije que él te la curará. Me han dicho que no se sabe qué se le da mejor, el cuchillo o cauterizar el desastre.

Evono desvía la vista hacia el rincón. La plancha está enchufada. Repara en un detalle que antes pasó por alto, el cable es inusualmente largo. Lo suficiente como para alcanzar su posición. En cuanto *Mutuwa* agarra la plancha y repite el mismo andar cadencioso con su sonrisa sin alma, el terror se apodera de él. Ha olvidado el motivo por el que se encuentra en esta situación. Es curioso, todo su mundo se reduce a una jodida plancha, no puede dejar de pensar en ella y en el pavor inenarrable que le provoca.

La figura vuelve a interponerse entre él y su captor. Como unos minutos antes, aunque a él le han parecido siglos, en cuanto llega a su altura todo se precipita.

La plancha entra en contacto con su pierna y por un momento cree estar muerto, no siente nada. No sabe que ha superado el umbral del dolor.

El carcelero sí lo sabe. El tormento llegará en breve, por lo que mantiene la plancha sin moverla. El olor a carne quemada es intenso, el humo nubla la visión del preso.

Entonces experimenta una nueva explosión de dolor y se desmaya por primera vez.

No le ha dado tiempo a confesar que prefiere que le corten en rodajas.

Dos horas más tarde, el emisario del inminente golpista y el torturador asisten al último latido de Narciso Evono. Su

corazón pretendía seguir bombeando la poca sangre que aún no se había derramado sobre el suelo, pero el primer tiro en la frente seguido de otros dos en la cabeza doblegan su voluntad. El reo ha dicho todo lo que sabía, ha respondido a todas las preguntas, incapaz de soportar la tortura que ha dejado su cuerpo tatuado incompleto y quemado, ha confesado información muy valiosa para los planes de Obiang. El militar no ha querido prolongar su agonía sin necesidad. Podría marcharse dejando a la víctima como si fuera un postre para *Mutuwa*, pero en esta ocasión desea irse sabiendo que el trabajo está concluido y eso pasa por verificar que Evono muere. Por eso ordena una ejecución rápida. Los disparos a quemarropa no ofrecen ninguna duda.

Solo resta mantener una conversación con el camerunés.

–Ocúpate de hacer desaparecer el cadáver. Con discreción, sin que nadie más se entere. ¿Entiendes bien lo que te digo?

–Yo entiendo, *commandant*, yo entiendo –su extraordinaria contención conversadora contrasta con la costumbre de repetir las mismas palabras sin necesidad.

–¿Cuántos años llevas aquí?

Mutuwa realiza un costoso cálculo mental.

–Cuatro años.

–He de decirte que el director Obiang está muy contento con tu labor. Antes de llegar tú, el puesto lo desempeñaba un chapucero que hubiera necesitado diez vidas para conseguir depurar un talento como el tuyo –mientras habla, su interlocutor mantiene un rostro inescrutable–. Pero me gustaría saber si tú estás satisfecho. ¿Lo estás?

–¿Satisfecho? –No entiende su significado.

–Contento. ¿Estás contento? ¿Te gusta este trabajo?

–Yes. Gustar mucho.

–¿Quieres seguir en Playa Negra?

–Yes.

El militar debe asumir algún riesgo, ha de pisar terreno pantanoso.

–¿Alguna vez has estado con Francisco Macías?

–Yes. *Une fois* venir aquí.

–¿Hablaste con él?

–No.

–¿Qué piensas de nuestro presidente?

Mutuwa dista de ser un portento de inteligencia, mas no es tonto, aunque a veces lo parezca. Tras escuchar el interrogatorio, cree entender el objetivo que esconde.

–No pensar nada, *je ne penser rien*.

–¿Crees que posee cierto poder divino?

En condiciones normales es una pregunta que requiere una respuesta afirmativa, aunque no lo piense. En esta ocasión sabe que puede ser sincero. Es incluso conveniente que lo sea.

–No.

–¿No? –insiste.

–No, solo es un hombre –se reafirma con rapidez.

–¿Por qué te fuiste de Camerún y viniste a Guinea?

–Para matar a quien *you say* –sus ojos demuestran que dice la verdad.

–He oído que el presidente está pensando en sustituirte, en poner a otra persona en tu puesto.

La reacción no se hace esperar.

–¡No!, *please*, yo querer estar aquí, *¡please!*

–El director también lo desea, ya te he dicho que está contento contigo. No conozco a nadie mejor que tú. –Ha quedado

convencido con la demostración presenciada. Obiang sabe que puede conseguir lo que desea de casi cualquier persona con una mera alusión velada a Playa Negra y a *Mutuwa*. Y por nada del mundo quiere que ese binomio se rompa—. En los últimos tiempos, Macías no está tomando las mejores decisiones; pero tranquilo, el director hará todo lo que esté en su mano para que no tengas que irte.

—Gracias, *commandant*. —Se cuadra ante él con un gesto absoluto de determinación que escenifica que está dispuesto a acatar cualquier orden, la que sea. Justo lo que pretende Obiang.

—Como has oído, puede que en poco tiempo haya problemas..., digamos más bien cambios en el país. Y necesitamos saber que podemos contar contigo. Si es así, puedes estar seguro de que permanecerás en Playa Negra todo el tiempo que quieras.

El asesino no tiene nada que pensar. Las cartas están boca arriba y no posee ninguna deuda con el presidente. No alberga ningún interés en convertirse en otro Evono. Estará del lado de quien le garantice lo que más ansía en este mundo, seguir torturando y matando con total impunidad. Ni ha conocido a otro director en Black Beach ni desea hacerlo. Tiene una idea, disfrazar de lealtad lo que no es sino puro interés.

—A sus órdenes, *mon commandant*, a sus órdenes.

El militar adopta un aire marcial, reconoce la fidelidad de un nuevo adepto. Escruta su mirada y llega a la conclusión de que dice la verdad.

—Deshazte de esta basura —es lo último que ordena antes de salir de la Oficina.